

De la industria cultural

Carlos Vanegas

En medio de tanta charla irresponsable que inunda los diversos medios de comunicación y las tribunas gubernamentales sobre la educación,¹ en el que se figura la viabilidad del país desde lo económico y no desde lo civilizado, recordé las “uvas verdes”, esa referencia que Gombrich utilizó en una de sus tantas conferencias sobre las humanidades. La fábula de Esopo da qué pensar sobre la valoración de las humanidades en la malla de las instituciones de educación superior. Los juicios despreciables que aparecen bajo la forma de la innovación, a partir de indicadores y criterios de *examinabilidad* que promueve el gobierno, los ministerios y Colciencias, son solo una muestra de cómo esa charla fácil pretende circunscribir a las humanidades en el nuevo paraíso medible del ámbito académico. Sé que una crítica a esta tendencia no es original, que ya muchos han levantado sus protestas y que, por supuesto, lo han hecho mejor que yo.

Sin embargo, es significativo que una fábula antigua nos sirva para plantear críticas a la inserción de las humanidades en la estructura administrativa universitaria. Desde hace décadas se ha dicho que la universidad debe promover las humanidades bajo principios, ya clásicos, de la enseñanza y la transmisión, entre otros. Dos procesos que, en su constante difusión y actualización, han construido un tejido y legado común en el que nos sumergimos para encontrar cuestiones polarizantes y dudas que alientan nuevas alternativas e ideas en la disciplina. Es en ellos donde nuestra búsqueda se tiñe de valiosa. A pesar de esto, los criterios actuales que miden esas búsquedas personales parecen estar sometidas a las generalizaciones y a las fragmentaciones del conocimiento a partir de dispositivos precarios que se recubren bajo la idea de plataformas que superan los medios y los canales de la vocación humanista, como puede verse ahora en la virtualidad de la Red, en los mass media, y en los semanarios. Todos ellos fuentes de difusión donde el lector adquiere los clichés del conocimiento bajo el signo de “estar al día” con la cultura. Y por otra, desde la preponderancia que las administraciones académicas le dan a las “vocacionalmente relevantes formas de estudio” –ingenierías, ciencias exactas, medicina–, lo que ha generado un desplazamiento en apoyos, becas y demás reconocimientos a estas formas, a expensas del campo de las humanidades.

Esta división puede sustentarse en lo que Gombrich llamó “industria académica”, que se ha configurado como un terreno donde el humanista es arrojado a la sospechosa seducción del reconocimiento y la visibilidad de la indexación. La industria académica

1

<<http://www.elespectador.com/noticias/educacion/humanidades-estan-mas-vivas-nunca-pais-subdirector-de-c-video-595161>>;

<<http://www.eltiempo.com/estilo-de-vida/ciencia/grupos-de-investigacion-en-colombia/15602820>>;

<<http://www.elespectador.com/noticias/nacional/grupos-de-colciencias-un-sistema-agridulce-articulo-549414>>;

<<http://www2.rcnradio.com.co/noticias/cientificos-en-humanidades-cuestionan-colciencias-por-medicion-de-investigaciones-191178>>

de nuestros días, privilegia los índices de producción del humanista, cuyo valor y valentía se mide por el número de textos, conferencias o investigaciones que estén inscritas en su base de datos. Esta industrialización ha logrado la superproducción de publicaciones que no se ajustan a las necesidades, siempre saludables, de ver en las dudas de la cultura, el instrumento propicio para problematizar el mundo. El foco que tocó Gombrich, y que aún resuena en las universidades actuales, implica que el amplio poder ideológico de la burocratización de la universidad ha generado que estudiantes, profesores y amantes de las humanidades sean perversamente encaminados a seguir modas intelectuales que aplican mecánicamente y a adoptar procesos de escritura irrelevantes que, cuanto más rutinaria e inerte, mayor es en crecimiento.

Caer bajo las insinuaciones estar “a la moda” para poder ingresar en cierta élite, es permitir pasivamente que nos digan cómo saber, qué leer y cómo escribir, lo que ha permitido un desdibujamiento de las fronteras entre medir lo que se conoce o lo que vale la pena conocer, leer o escribir. Y lo que es más preocupante, que en aras de esa búsqueda de reconocimiento, recorramos las ordalías de la examinación para que nos digan qué y cómo debemos enseñar, qué y cómo formar, ejerciendo una enseñanza y un aprendizaje de rutina en el que está en juego la facultad memorística, la adquisición de conocimientos en lugar de la desconfianza [saludable](#).

Ejemplos de esto pueden verse en la proliferación de discursos y opiniones que se convierten en herramientas del pastiche, la propaganda, o el exceso de ironía que, en tanto exceso, [es vacía](#). Desde la otra orilla, las distintas voces en contra de la medición a través de indicadores que miden laboriosidad y registran los señuelos de prestigio, han sopesado los peligros que corre la universidad por caer en la viabilidad de lo económico, perjudicando los estudios humanísticos al encajarlos en fragmentos y parcelas perfectamente examinables; al igual que en la producción de la canasta familiar, la cuantificación propugna la comercialización de la institución universitaria, al calificar nuestras investigaciones, nuestros libros, nuestros métodos según su tamaño y su destello; este proceder dejó de lado la preocupación por la profundidad de la interpretación y la mediación, por la altura o el peso de productos como coordenadas de prestigio: senior, asociados, investigadores junior...

Bajo estos procesos la universidad privilegia las notas, los porcentajes, las cuantificaciones de gestión mercantil, lo que ha conllevado a definir el conocimiento humanista bajo una idea populista y estereotipada, olvidando que las humanidades, por lo menos, han mantenido viva “la sensación de que había muchísimo que uno no sabía y que debía aprender”. Así, si consideramos con Gombrich que las humanidades están en juego bajo las prescripciones administrativas, está en juego también la concepción histórica de nuestra cultura, debido a esa pérdida colectiva en la que el lenguaje, las formas de la metáfora y la creación ya no son útiles para interpretar nuestra propia experiencia del mundo, sino que corren el riesgo de ser funcionales al igual que los preceptos gobernados por la parsimonia y la interferencia del gobierno.

En medio de este barullo, parece que se eclipsan las preocupaciones generales de la cultura y la tradición, fuente nutricional de las humanidades, en pos de una constante preocupación burocrática por llenar y repetir, por ocuparnos cumpliendo la deuda de un futuro y un tiempo sin llegar, sin siquiera mirar en nuestro contexto. No hace falta hacer una disección de las fórmulas y recetas en una exposición como [Destierro y reparación](#), cuyo humanismo se convirtió en una herramienta de propaganda; en el amparo y fiabilidad de la crítica reiterativa a la obra de Fernando Botero por el polifuncional Lucas Ospina; o en la reciente MD15 con el augurio de innovaciones y novedades en un campo semántico de temas políticamente seguros, autoperpetuadores e institucionalizados, para ver que siguen esa moda de herramientas en donde salta a la vista esa textura brillante de las nuevas jergas que prometen prestigio y, por supuesto, una resignación pronosticable. La pérdida del interés por formas primordiales para problematizar y construir nuestra cultura, ha permitido que la industria académica, con su carácter indeseable, atrofie el discurso, prohíba el espíritu crítico y autocrítico, y regule las búsquedas intelectuales que valgan la [pena](#). Todas ellas consecuencias perversas que proscriben el diálogo y la discusión, para privilegiar el adiestramiento y la futura promoción académica.